

EL MAR BIFRONTE: ENUNCIACIÓN DE CONTRARIOS EN LA POESÍA DE ALFONSO CABELLO

MANUEL GAHETE JURADO
ACADÉMICO NUMERARIO

RESUMEN

El mar ha sido un tema de eterna inspiración para la poesía. Pocos autores han podido resistirse a su atracción fascinante. En la obra de Alfonso Cabello Jiménez se muestra claramente la separación frontal que existe entre el mar provinente, generador de vida, y el mar aciago, imagen del dolor de la muerte.

ABSTRACT

The sea has been a topic of eternal inspiration for poetry: Few authors have been able to resist its fascinating attraction. Alfonso Cabello Jiménez's works shows clearly the frontal separation between the providential sea, generator of live, and the fateful sea, image of pain and death.

El mar ha sido siempre un tema eterno para los poetas¹. El mar con su doble poder, dador de vida y feroz enemigo, origen primero de todas las causas y fin último de toda existencia. Alfa y omega. Vida y muerte. El cordobés Séneca supo expresar con toda la intensidad de un creador y la sabiduría de un filósofo esta tensión inefable que se origina en un mismo elemento, el contraste poderoso entre la luz y la oscuridad, la exaltación y el aniquilamiento. No hay más que recordar los versos de *Medea* en que el hombre, náufrago en un mar tempestuoso, se aferra al quebradizo leño que lo preserva del hondo piélago, el mar que lo conduce a la tierra de promisión, abriendo un surco demasiado tenue entre el camino de la vida y la muerte: *Inter vitae mortisque vias / nimium gracili limite ducto*². Porque el mar, como fuente de vida, atrae la inexorable presencia de la consunción, la condición mortal de lo finito, el tránsito inefable de la muerte y la resurrección simultáneas³.

Las razones son explícitas. El mar es, como el hombre, una mezcla indomable de

¹ Ya lo comentaba en mi trabajo sobre Juan Ramón Jiménez. Vid. Manuel Gahete Jurado, "Juan Ramón Jiménez: Balada en cinco tiempos", en *Juan Ramón Jiménez, Poesía y Prosa inéditas*, Ánfora Nova, n. 59-60 (2003), pp. 93-103.

² Séneca, *Medea*, vv. 308-309.

³ Philip Wheelwright, *Metáfora y realidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, pp. 115-116.

belleza y horror, de fertilidad y cataclismo, de potencialidad vital y pasión destructora, como el propio Poseidón, absoluto dios de las aguas con su carácter proteico de lo positivo y lo negativo litigando en inacabable y desenfadada contienda. Tanto la deidad como su progenie manifiestan ese doble plano tan fieramente humano de nuestras propias contradicciones; doble plano que Alfonso Cabello Jiménez desglosa en una de las antologías más completas que conozco acerca de un tema tan prolíficamente recreado, constituyendo probablemente el más amplio vademécum de poemas dedicados al mar:

Y la mar con su espíritu salvaje
nos muestra su grandeza y su frescura
entre acordes de eterna sinfonía.

Son muchos los poetas que han penetrado con diferente fortuna en una cuestión tan compleja y tan dúctil: Ecos de Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado resuenan en los textos de Cabello Jiménez con evidenciable consistencia. José Manuel Blecua escribió uno de los libros más integradores sobre el tema marino en la poesía española y, de haber conocido a nuestro autor, lo hubiera señalado como uno de sus más denodados cultivadores⁴. Desde la distancia mítica de los mares galaico- portugueses nos conduce el profesor Blecua para emprender cuatro periplos diacrónicos que nos engolfan en las embarbascadas aguas de la poesía medieval hasta atravesar la luminosa oscuridad de los siglos de oro; y, adentrándonos en el turbulento ponto romántico, alcanzar finalmente el mar abierto de los poetas contemporáneos.

Ricardo Gullón, refiriéndose a este ensayo, manifiesta que constituye un sólido capítulo de nuestra historia literaria, donde se exponen algunos de los diferentes motivos ofrecidos por el tema: asuntos mitológicos, heroicos y piratescos, moralizadores o los suscitados por el propio paisaje marino. Blecua nos remite a un fértil encadenamiento de textos y autores: Berceo, Juan de Mena, el Marqués de Santillana, Gómez Manrique, el anónimo del romance del infante Arnaldos, Gil Vicente y otros. Por los mares de la Edad de Oro nos encontramos con las obras de Garcilaso, Cetina, Montemayor, Gil Polo, la conocida *Canción* de Herrera; o los versos de Carrillo y Sotomayor, Góngora, Bocángel, Soto de Rojas, Paravicino, Rioja y Quevedo. En la poesía neoclásica y romántica, Blecua registra pocas muestras valiosas de composiciones poéticas donde el sentimiento del mar se halle presente. La selección neoclásica se resiente de la crisis global padecida por la lírica: la necesidad estética no es precisamente la génesis de las creaciones de Gerardo Lobo, Cadalso o García de la Huerta; la excesiva retórica se advierte incluso en Quintana o en los escasos creadores donde palpita un cierto sentimiento íntimo de vibración frente al mar. En los poetas románticos, junto a fragmentos y poemas por antonomasia como *El faro de Malta* del Duque de Rivas o la *Canción del pirata* de Espronceda, figuran curiosamente los textos femeninos de Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Rosalía de Castro, menos conocidos, pero de singular interés. Entre los poetas del fin de siglo, Blecua selecciona tres *Marinas* de Amós de Escalante, poemas de Querol y Maragall y parte del canto X de *La Atlántida* de Verdaguer, agrupando así los que pudiéramos llamar poetas del litoral, donde el tema del mar se constituye en sustancial materia de sus vidas más que en pretexto o motivo literario. No faltan páginas tan sugerentes como las que nos deja la poesía contemporánea: Unamuno, Machado, Juan Ramón, Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Aleixandre, Lorca, Luis Rosales, Juan Panero...⁵

⁴ José Manuel Blecua, *El mar en la poesía española. Selección y carta de navegar* [de Eduardo Vicente], Madrid, Imprenta de S. Aguirre, Editorial Hispánica, 1945, 368 págs.

⁵ *Ibidem*.

En idéntico plano de intensidad poética, Alfonso Cabello se acerca al inagotable tema del mar, “plenitud de plenitudes”, como lo designará Juan Ramón:

En ti estás todo, mar, y sin embargo,
que sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!⁶

En este compendio orgánico, Cabello establece dos secuencias argumentativas, parangón exacto de la proteica y paradójica virtualidad de la materia. La primera está ordenada bajo el epígrafe “Brisas marinas”, acercándonos a la instancia más luminosa del mar cuando el bajel veleja con toda la intensidad de la juventud y las pasiones⁷. El capítulo se inicia con una invocación a la Virgen del Carmen, la noble patrona de los marineros, a la que el poeta tendrá presente como una luz en todo el proceso de reconstrucción temática, poniéndonos en contacto directo con la trilogía albertiana y revelándonos desde el comienzo muchas de las claves que signarán el devenir del libro: Así la identificación de la Virgen con las nereidas o sirenas de la mitología grecolatina, orladas de atributos maravillosos, luz, excelsa sinfonía, venustez radiante y redentora, guías de los marineros en la insensata singladura, aunque ciertamente alejada de sus fatales cometidos. Esta orfebrería descriptiva del cuerpo femenino, presencia constante en la poesía de Alfonso Cabello, nos acerca a poemas tan sugestivos como el titulado ‘Geografía humana’ de Ángel González, estableciendo una conspicua complicidad de intenciones:

Lúbrica polinesia de lunares
en la pulida mar de tu cadera.
Trópico del tabaco y la madera
mecido por las olas de tus mares.

En los helados círculos polares
toda tu superficie reverbera...
bajo las luces de tu primavera,
a punto de deshielo, los glaciares.

Los salmones avanzan por tus venas
meridianos rompiendo en su locura.
Las aves vuelan desde tus colinas.

Terreno fértil, huerto de azucenas:
tan variada riqueza de hermosura
pesa sobre tus hombros, que te inclinas.⁸

Siendo como es un poeta intimista, Cabello participa de la cosmovisión festiva que Alberti transmite a sus poemas marítimos: “Tengo plantada en la mar / un jardín de caracolas / para que vengan las olas / por la mañana a soñar”. Cabello habla de “ser como caracolas mientras vuela el pensamiento”. Los visionarios versos de García Lor

⁶ Juan Ramón Jiménez: *Libros de poesía: Diario de un poeta recién casado*, Madrid, Editorial Aguilar (“Biblioteca Premios Nobel”), 1957, p. 255.

⁷ Vid. “Olas de cristal. Poemas”, prólogo de María José Porro Herrera al libro *Olas de cristal* de Alfonso Cabello Jiménez, Granada, Port Royal, 2002, pp. 9-15, donde se aportan ideas interesantes sobre la interrelación “entre el poeta como enamorado y el mar que representa el amor” (p. 12).

⁸ Ángel González, *Palabra sobre palabra*, 1986.

ca: “Me han traído una caracola. / Dentro le canta / un mar de mapa. / Mi corazón / se llena de agua, / con pececillos / de sombra y plata. / Me han traído una caracola”⁹ y la alargada sombra de Alberti planean en muchos de los versos de Cabello Jiménez¹⁰: “Quiero la soledad. También quisiera / yo ser condecorado por el viento / y ondear con orgullo mi bandera”. “Tengo un jardín en el mar, / en los fondos abisales”¹¹. Son innegables las influencias del gaditano Alberti: “Branquias quisiera tener, / porque me quiero casar. / Mi novia vive en el mar / y nunca la puedo ver. / Madruguera, plantadora, / allá en los valles salinos. / ¡Novia mía, labradora / de los huertos submarinos! / ¡Yo nunca te podré ver / jardinera en tus jardines / albos del amanecer!”¹². El aire romántico que eleva el velero bergantín del enardecido Espronceda, “un ligero bergantín / (...) / navegando entre las olas / por los confines del tiempo”. O la precisa autoridad de Eugenio Montale, invocando la sedación del sueño, rayando el nihilismo machadiano: “el mar, el mar y no pensar en nada”¹³. La inclusión inherente entre tierra y mar nos enfrenta a la lectura de otro poeta mediterráneo, el sevillano Vicente Aleixandre con toda la oscura humanidad de un corazón anhelando escapar hacia la luz: “Tierra del mar que giraba sin peso, / llevando un infinito miedo del amor / y una apurada dicha hasta sus bordes”¹⁴.

Alfonso Cabello finaliza como comienza, cerrando el círculo en un orden perfecto, dedicando a la Virgen del Carmen el último poema de la serie: luz de esperanza marinera, flor de la bahía, solemne y sublime sinfonía, amor, insigne mensajera, céfiro, nereida de la aurora. Aunando devoción y paganismo, Cabello Jiménez va penetrando en el mundo simbólico del mar y sus referentes literarios. El tema mitológico de las sirenas o nereidas también viene tocado por esta doble realidad ambivalente que envuelve la cosmogonía marítima. Estas criaturas míticas que supuestamente moran en las aguas del mundo, con rostro y torso de mujer y cuerpo de pez de la cintura para abajo, han sido permanentes visiones de pescadores y marineros, fascinados por la belleza de estos seres, cuyas apariciones más antiguas han sido datadas en Asiria, alrededor del año 1000 a C. Algunas sirenas eran deidades bondadosas, prestas a conceder deseos a los marinos que las ayudaban. Sin embargo, son muchas las historias que nos narran el temor de los navegantes a ver estas criaturas porque su contemplación presagiaba el aciago azar de una tormenta o un naufragio. Es proverbial la escena épica de Ulises atado al mástil para escuchar el canto de las sirenas, cuyos sonidos encantaban a los desventurados marineros arrastrando sus barcos contra las rocas y siendo devorados por ellas¹⁵. Cabello se mueve en esta línea antitética sin tocar los extremos. Alude a la ególatra contemplación de su acuosa belleza, a la lejanía inaccesible, al deseo de ser marino enamorado de una seductora nereida, misteriosa y salvaje como el mismo

⁹ Federico García Lorca, *Canciones para niños*.

¹⁰ Ya lo observa María José Porro en el prólogo de *Olas de cristal*, revelador título que nos remite de nuevo a la obsesión benigna del poeta por el infinito mar.

¹¹ Obsérvese el conocimiento que manifiesta Alfonso Cabello del fondo marino, sobre todo en este poema “Tengo un jardín”: rojizos corales, tintas de calamar, el marrajo, la lubina, la plateada corvina, el pagel, el espadín, el delfín aventurero, el bonito y el salmón, un pequeño boquerón, la jibia y la palometa, el dentón y la albacora, la faneca, la vieja bacoreta, la cigala, la musola, el atún, el salmonete, el diminuto chanquete, la raya, el rape, el fletán, la melva, el cachalote, el tiburón, el jurel, el pez espada, la almeja, la barracuda”.

¹² Rafael Alberti, *Marinero en tierra*.

¹³ Vid. “Alba de azahar. Poemas”, prólogo de Joaquín Mellado Rodríguez a la obra de Alfonso Cabello Jiménez, *Alba de azahar*, Granada, Port Royal, pp. 9-15.

¹⁴ Vicente Aleixandre, “Tierra del mar”, en *Historia del corazón*, 1945-1953.

¹⁵ Vid. el documentado prólogo de Ángel Fernández Dueñas al libro de Alfonso Cabello Jiménez, *Ne-núfares*, Granada, Port Royal, 1998, pp. 9-13; y de *idem*, el prólogo al libro de Cabello Jiménez, *Poemas a Gelina. Antología*, Granada, Port Royal, 2004, pp. 9-19.

mar, desposarse con ella junto a los cañaverales, imponiendo una razón o declaración positiva que determina conscientemente la voluntad del poeta de no cometer el más terrible pecado en que puede incurrir la imaginación, como afirma Alison Hughes: “No amar”¹⁶. Y en esta dirección, Cabello también recurre al contrapunto amoroso de Pedro Salinas, invistiendo de un inabarcable poder la naturaleza femenina, como el mar, veleidosa y fascinante:

Ahora te quiero, como el mar quiere a su agua:
 desde fuera, por arriba,
 haciéndose sin parar
 con ella tormentas, fugas,
 albergues, descansos, calmas.
 ¡Qué frenesí es quererte!
 ¡Qué entusiasmo de olas altas,
 y qué desmayos de espuma
 van y vienen!¹⁷

El segundo apartado lleva por título “Desventuras marineras”. Ya lo anticipaba Cabello en el epígrafe anterior: “No dejes nunca el timón / porque el mar es traicionero, / y cuando menos se espera / te arranca los sentimientos”. La identificación hombre/velero que ya se advertía en la primera parte cobra ahora un destacable protagonismo. El ágil velero se ha ido transformando en un viejo bajel, “anclado y sin timón en la bahía”. Ya no es el barco emprendedor y presto de un tiempo brioso aunque intenta proseguir la travesía. Si antes ‘quería’ soñar, ahora sólo ‘puede’ soñar. Toda esta segunda parte está empapada de esa íngtima tristeza de la juventud perdida. El poeta, ahora sí definitivamente, no es más que un madero escorado, flotando a la deriva sin rumbo fijo alguno, sin destino¹⁸. El ardor del amor, el aliento de la aventura, el ansia de conquista se ha desvanecido. Y ya sólo la luna, fría, impasible, distante, es la diosa del noble marinero. Aquel viejo galeón, anclado en la ensenada, “ya no vale para nada, igual que mi corazón”. Es dolorosamente emocionante leer al poeta revelándonos su irretornable realidad, su presente irreversible:

No olvides marinero que, en cualquier singladura,
 una racha de viento destruye de repente
 el mástil, la mesana, la quilla y la ilusión.

Sin embargo, el poeta, como el Alberti más aventurero, reclama para sí el infinito: “Dejadme siempre en la mar”. Un mar que, sin embargo, no es bálsamo del dolor y sí, germen amargo de lancinante incertidumbre; esa misma duda que oprime al poeta de Orihuela, Miguel Hernández, en su desgarradora humanidad: “Que me aconseje el mar / lo que tengo que hacer: / si matar, si querer”¹⁹.

¹⁶ Acerca de la poesía de César Cortijo, Alison Hughes manifiesta: “La poesía, como hecho, como actividad, resulta muy difícil en nuestros días (...) Los poemas se unen como un desafío (...) lanzado por el poeta y su poema al mar. La crisis que supone oponerse a la naturaleza, a la maternidad, a toda una cultura y a unos cuantos milenios de poesía (con su tratamiento simbólico del mar) se define desde el principio como la falta más grave que puede sufrir la imaginación, no amar”.

¹⁷ Pedro Salinas, *Razón de amor*, 1936.

¹⁸ Vid. “La poesía amorosa y existencial de Alfonso Cabello” de Antonio Cruz Casado, prólogo del libro de Alfonso Cabello Jiménez, *Rosas de azafrán*, Granada, Port Royal, p. 11 [9-11]; y de *ídem*, “Prólogo para un libro de Alfonso Cabello: *Versos cautivos*”, Granada, Port Royal, 2005, p. 10 [9-12].

¹⁹ Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias*, 102.

Son muchas las lecturas que trasparecen en la poesía rimada y ritmada de Alfonso Cabello, donde comparecen con igual destreza las soleares con los sonetos²⁰, el tono neopopular de Lorca y Alberti con la severa reciedumbre de Quevedo, Unamuno y Blas de Otero, al que se asemeja en su confrontación metafísica del mar y la muerte:

Rompe el mar
en el mar, como un himen inmenso
(...)

Sólo el hombre está solo. Es que se sabe
vivo y mortal. Es que se siente huir
-ese río del tiempo hacia la muerte-.

Es que quiere quedar. Seguir siguiendo,
subir a contramuerte, hasta lo eterno.²¹

Todos los poemas de la antología *Ecos del mar* de Alfonso Cabello Jiménez aparecen fechados, como haría también Juan Ramón en su libro marítimo por antonomasia, *Diario de un poeta recién casado*. El más antiguo corresponde a julio de 1993 ('Prisionero del mar') y el más reciente, que clausura asimismo la antología poética, está fechado en Málaga el 1 de julio de 2006 ('Un viejo solitario'), aunque la mayoría de los poemas fueron escritos entre los años 2000 y 2002.

El mar es para Alfonso Cabello una cuestión de principios. En todos los textos del poeta, desde el primer poemario hasta el último, el mar adquiere implicaciones filosóficas, incluso metafísicas, que trascienden las específicamente estilístico-literarias, como ocurre en Machado²². Se refería Carlos Clementson, en el prólogo al libro *Ecos de caracola* de Alfonso Cabello Jiménez, a la gran poesía como "algo destructivo y enorme. Muy sutil, otras veces. Quizás lo más semejante al aliento de Dios"²³. Clementson opina, y yo comparto su sentir crítico, que "la poesía nace de la luz"²⁴, principio de toda la existencia, razón y causa prima. El poeta portugués Miguel Torga, que aseguraba que "el mar es, en última instancia, el corazón del mundo (...) fuente y conciencia biológica de todo"²⁵, nos dejaba esta lección de esencial sabiduría: "Hay algo que nadie puede quitarles a los artistas auténticos: la conciencia de que son tan fundamentales para la vida como el pan"²⁶. Mar y poesía. Sentido y conciencia. Al final sólo nos queda la palabra, el más contundente testimonio, el único argumento: "¡Qué plenitud de soledad, mar sólo!"²⁷.

²⁰ Es muy interesante la inclusión de sonetos octosílabos "Una suave sinfonía", "Valentía" y otros.

²¹ Blas de Otero, "Lo eterno / La tierra", en *Ángel fieramente humano*, 1950.

²² Vid. José Ángeles, "El mar en la poesía de Antonio Machado", en *Hispanic Review*, Vol. 34, N. 1 (Jan., 1966), pp. 27-48 [27].

²³ Carlos Clementson, "Revelación del poema", prólogo al libro *Ecos de caracola* de Alfonso Cabello Jiménez, Granada, Port Royal, 1996, p. 12 [9-15].

²⁴ *Ibidem*, p. 13. Vid. "Presencia y memoria" de Manuel Gahete, prólogo al libro *Auras marinas* de Alfonso Cabello Jiménez, Granada, Port Royal, 2001, pp. 9-12.

²⁵ Miguel Torga, *Diarios*, Nazaré, 03/07/1940.

²⁶ *Ibidem*, Buarcos, 13/06/1943.

²⁷ Juan Ramón Jiménez: *Libros de poesía: Diario de un poeta recién casado*, op. cit., p. 255.